

EL EVANGELIO DEL TRABAJO EN *LABOREM EXERCENS*

*Oscar Alzamora, S. M.,
Obispo de Tacna*

Uno de los puntos que más llama la atención de quienes leen por primera vez la Encíclica de Juan Pablo II, *Laborem Exercens*, es la expresión “el evangelio del trabajo”. Esta expresión aparece cinco veces en la Encíclica: en los números 6, 7, 25 y 26 (en este último, dos veces). Aunque cinco veces pueden parecer pocas, a mi manera de ver su significación es tan grande que se puede considerar esta expresión la clave maestra para la lectura de todo el documento.

53

La expresión es nueva. Ya se había hablado de una espiritualidad del trabajo, y ciertamente estamos familiarizados con la expresión “Jesús obrero”; pero esta vinculación explícita y directa entre evangelio y trabajo, no tiene —que yo sepa— precedente. El contenido de la expresión se refiere a que Jesús, que es El mismo el evangelio, dio cumplimiento a éste también en su vida de trabajo y por su trabajo. Estábamos acostumbrados a vincular el evangelio sólo a lo que se llama la vida pública de Jesús, y a su muerte y su resurrección, pero la expresión que estudiamos señala que Jesús cumple y anuncia el Evangelio con la totalidad de su vida, con la totalidad de su humanidad.

Se ha acusado con frecuencia a la Iglesia católica, sobre todo en lo referente a los documentos sociales, de apoyarse principalmente en la moral natural, esto es en aquella re-

flexión ética que toma como base la naturaleza humana en cuanto captable por la razón, más que en la revelación. Es cierto que es necesario apelar a este tipo de razonamiento cuando el auditorio al que se dirige un documento quiere explícitamente incluir a los que no comparten la fe cristiana, “los hombres de buena voluntad”. Sin embargo, al presentar esta Encíclica centrada en el *evangelio* del trabajo, el Papa quiere explícitamente vincular la enseñanza social de la Iglesia con su fuente, que se encuentra en el Evangelio de Jesucristo y en general en la Sagrada Escritura, globalmente considerada:

54

La Iglesia... se confirma en esta convicción (de que el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre sobre la tierra) considerando... el patrimonio de las diversas ciencias dedicadas al estudio del hombre...; sin embargo, saca esta convicción, sobre todo, de la fuente de la Palabra de Dios revelada, y por ello lo que es una convicción de la inteligencia adquiere a la vez el carácter de una convicción de la fe (Nº 4).

Es efectivamente indispensable que la enseñanza de la Iglesia se ancle firmemente a los dos extremos que busca vincular: en la palabra de Dios, y en la situación y problemática del hombre aquí y ahora.

La expresión “evangelio del trabajo” se puede interpretar de muchas maneras. Algunos buscarán en el evangelio aplicaciones sociales y directivas de acción política. Otros buscarán contrastar el evangelio con tal o cual doctrina y práctica social. No es eso lo que creo le preocupa primordialmente al Papa. Le interesa más ir a la raíz. El documento pontificio es una reflexión, ante todo religiosa, de evangelización. Se plantea el tema del trabajo como una de las dimensiones fundamentales del hombre en cuanto expresadas en la revelación. En efecto, ésta no sólo dice al creyente quién es Dios, sino que le aclara quién es él mismo. Cuando Dios se nos revela, lo hace no tanto en

sí mismo, sino en cuanto se relaciona con nosotros. La revelación, más que "información" es "vocación", y, por eso, requiere una aceptación activa. Dios, al decirnos en qué relación quiere estar con nosotros, aclara el sentido de nuestra existencia; nos revela nuestra verdadera "esencia".

Por otra parte, *que sea* el hombre aclara cómo el hombre debe *actuar*. La antropología controla la ética, puesto que lo que el hombre *es* señala lo que debe *hacer*. Y correlativamente la ética realiza la antropología: es por su conducta, por sus acciones, que el hombre realiza su ser.

Quando el Papa quiere buscar un fundamento que le permita construir una doctrina coherente del trabajo humano y resolver desde ahí la problemática ético-social que éste suscita, especialmente en el mundo moderno, acude a la Escritura, donde se expresa el ser del hombre en dos figuras fundamentales: Adán y Cristo. Respecto a la primera, el libro del Génesis tiene especial importancia. Génesis quiere decir "origen", y los orígenes de algo aclaran lo que las cosas son en sí, al contener lo que están llamadas a llegar a ser. El *Génesis* presenta a Adán, el hombre recién salido de la mano de Dios. Su ser se expresa en sus relaciones fundamentales. La primera de dichas relaciones es la relación con Dios. El hombre está creado a imagen y semejanza de El. El estar compuesto del barro de la tierra y del sopro divino expresa la dualidad en la unidad del hombre, que lo ata al mundo de la materia y que, sin embargo, lo hace poseedor de un elemento divino que lo coloca muy por encima de todas las otras cosas. La segunda de las relaciones fundamentales es el vínculo interhumano: el hombre es creado hombre y mujer. Es la relación interhumana básica porque de allí brota toda la raza humana. La tercera de estas relaciones es la que tiene el hombre con la naturaleza por medio del trabajo; Dios crea al hombre para que "cultive el jardín" y para que "domine a todos los animales", y someta así la tierra. Notemos que las tres relaciones fundamentales señaladas

están ligadas entre sí. El hombre es imagen de Dios no sólo como poseedor de sí mismo, sino también *en cuanto* social y *en cuanto* trabajador. Dios mismo es sociedad; Dios mismo es obrero.

La historia de Adán en el *Génesis* no sólo nos dice cuál es la naturaleza esencial del hombre, sino que nos revela el sentido de su existencia sobre la tierra. Esta constituye, ante todo, una prueba de que, una vez superada, permitirá al hombre una situación de felicidad definitiva. La prueba consiste en el reconocimiento de Dios como Dios. Si respeta la prerrogativa divina de ser sólo Dios quien decide el bien y el mal, será hecho partícipe de la otra prerrogativa divina: tener la vida eterna. En lenguaje mítico: si no come del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, podrá participar del fruto del árbol de la Vida. En cambio, si el hombre no reconoce a Dios como Dios, se corta de su propio fundamento y Dios no puede ser ya para él la fuente de Vida: el pecado engendra la muerte. De ese pecado, ruptura de la relación del hombre con Dios, va a brotar la ruptura de las otras relaciones fundamentales del hombre. La ruptura de la relación entre los humanos, puesto que los que eran cómplices, al ser descubiertos, se echan la culpa el uno al otro; asimismo, el primer pecado, la desobediencia de Adán, engendra al poco tiempo el segundo, el fratricidio de Caín. Se produce también la ruptura de la relación del hombre con la naturaleza: el trabajo, que caracterizaba al hombre, se volverá penoso y la tierra le producirá abrojos en lugar de alimento, y la maternidad, que caracterizaba a la mujer, se volverá intensamente dolorosa. Además, el hombre mismo se encuentra desgarrado en su propio interior. Ha roto su relación consigo mismo: su voluntad y su inteligencia se encuentran en conflicto irreconciliable, y el cuerpo se revela contra su espíritu. Es la alienación integral. Cristo al reconciliar al hombre con Dios, pondrá las bases para la restauración de las otras relaciones fundamentales.

El Papa se funda en esta visión de la esencia y de la situación del hombre que presenta el libro del Génesis, y la aplica a la realidad del trabajo. En la sección segunda de la Encíclica, busca hacernos ver que el proceso de someter la tierra... "abarca a todos los hombres, a todas las generaciones, a cada fase del desarrollo económico y cultural" (Nº 4), y, por lo tanto, abarca todos los adelantos de la técnica moderna. Pero, continuando con su análisis, hace ver cómo el trabajo humano plantea al hombre "contenidos y tensiones de carácter ético y ético-social" (Nº 5). Puntualiza que

el hombre debe someter la tierra, debe dominarla porque como imagen de Dios es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo... Como persona él trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso del trabajo; éstas, independientemente de su contenido objetivo, han de servir todas ellas a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona que tiene en virtud de su misma humanidad (Nº 6).

57

Es el pecado, entonces, lo que pervierte una vez más este proceso del trabajo cuando niega su carácter ético, negando en el hombre la imagen de Dios. A través de este falseamiento se falsean las relaciones interhumanas que el trabajo ha producido. El Papa reafirma con toda claridad que "el trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo" (Nº 6); el trabajo "se mide, sobre todo, con el metro de la dignidad del sujeto mismo el trabajo; o sea de la persona, del hombre que lo realiza" (Nº 6). Cuando esto se niega en la práctica, no sólo se atenta contra el hombre sino contra Dios mismo, del que el hombre es la imagen. El Papa insiste en que

la intención fundamental y primordial de Dios respecto del hombre que El creó a su semejanza, a su

imagen, no ha sido revocada ni anulada, ni siquiera cuando el hombre, después de haber roto la alianza original con Dios, oyó las palabras 'con el sudor de tu rostro comerás tu pan'. Estas palabras... no cambian el hecho de que éste es el camino por el que el hombre realiza el dominio que le es propio sobre el mundo visible sometiendo la tierra (Nº 9).

58

La fatiga del trabajador la experimentan los trabajadores manuales: agricultores, mineros, siderúrgicos, albañiles, etc., y los trabajadores intelectuales: científicos, médicos, técnicos. Se experimenta también en el trabajo doméstico. "No obstante, con toda esta fatiga..., el trabajo es un bien del hombre" y lo es "porque mediante él... no sólo transforma la naturaleza... sino que se realiza a sí mismo como hombre... se hace más hombre" (Nº 9). En un desarrollo muy interesante el Papa señala que el proceso de la educación es una forma especialmente excelente de trabajo y se realiza dentro de la familia. Ella es "la primera escuela interior de trabajo para todo hombre" (Nº 10). La sociedad misma es "no sólo la gran educadora de cada hombre... sino también la gran encarnación histórica y social del trabajo de todas las generaciones" (Nº 10).

En la sección tercera el Papa continúa este análisis teológico del trabajo señalando que "en cada fase del desarrollo de su trabajo el hombre se encuentra ante el hecho de la principal donación por parte de la naturaleza y en definitiva por parte del Creador" (Nº 12), y que "si en el proceso del trabajo se descubre alguna dependencia, ésta es la dependencia del Dador de todos los recursos de la creación, y es a su vez la dependencia de los demás hombres a cuyo trabajo y a cuyas iniciativas debemos las ya perfeccionadas y ampliadas posibilidades de nuestro trabajo" (Nº 13).

En la sección quinta, finalmente, el Papa insiste en que "el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra del Creador, y según la medida de

sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado” (Nº 25). Señala también que “la misma obra de la creación está presentada bajo la forma de un *trabajo* realizado por Dios durante los seis días para descansar el séptimo” (Nº 25), y sigue: “esta descripción de la creación... demuestra en qué consiste la dignidad del hombre cuando trabajando debe imitar a Dios, su Creador, porque lleva consigo, él sólo, el elemento singular de semejanza con él” (Nº 25). En esta puntualización del papel del trabajo en la vida del hombre, el Papa no se olvida de que el trabajo no es un fin en sí, sino que está orientado hacia el descanso en el bien definitivo que es el consorcio con Dios, y prosigue: “el hombre tiene que imitar a Dios tanto trabajando como descansando, dado que Dios mismo ha querido presentarle la propia obra creadora bajo la forma del trabajo y del reposo” (Nº 25). Esta observación le permite al Papa señalar que “el trabajo humano... no puede consistir en el mero ejercicio de las fuerzas humanas en una acción exterior; debe dejar un espacio interior donde el hombre, convirtiéndose cada vez más en lo que por voluntad divina tiene que ser, se va preparando a aquel descanso que el Señor reserva a sus siervos y amigos” (Nº 25). Cita luego la Constitución *Gaudium et Spes* (Nº 34): “el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo, ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que al contrario le impone como deber el hacerlo...; cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva”.

* * *

Ya esta presentación de la grandeza y de la importancia del trabajo humano tan sólidamente fundada en la Sagrada Escritura sería sumamente esclarecedora, pero Juan Pablo II recurre luego a esa otra figura que en la Biblia nos dice qué es el hombre: el mismo Jesucristo, del cual

Adán es el fallado anticipo. Cristo se nos presenta como el Hijo de Dios y también como el hijo del hombre. Pero el que es hijo es imagen. Cristo es, pues, la Imagen de Dios, aquel por quien se nos revela quién es el Padre. Ahora bien, si el hombre es ya imagen de Dios, nadie mejor que el que es la Imagen del Padre puede ser modelo para los hombres. El misterio de la imagen es paradójicamente a la vez un misterio de total pobreza y de total riqueza. Un espejo perfecto es totalmente pobre porque de sí mismo no tiene nada. Toda la luz que refleja la recibe, pero también la entrega toda, no se queda con nada, y es precisamente por esta "pobreza" que se ve iluminado por toda la riqueza de la luz que refleja. Nunca se muestra Jesús tan Hijo de Dios, tan "heredero de la gloria del Padre" como cuando en su total anonadamiento como hombre no es otra cosa que hombre; o sea imagen de Dios. Si bien la diferencia entre el creador y la creatura es infinita, también lo es el parecido entre los dos, puesto que en la creatura no puede haber otra cosa que la imagen del que la hizo. Si trabajador es el Creador, trabajador será el hombre, su creatura más perfecta; trabajador convenía que fuese el Verbo de Dios —por quien todas las cosas fueron hechas (Jn. 1: 3)— que, hecho hombre, nos está revelando qué es ser hombre. Esto lo revela en la totalidad de su vida, y la mayor parte de ésta la pasa trabajando. Siendo trabajador nos revela esa dimensión especial de ser imagen de un Dios trabajador y a la vez le dice al hombre cómo ser trabajador e imagen de ese Dios trabajador.

60

Cristo no sólo asume la laboriosidad intrínseca de la naturaleza humana, sino también el carácter penoso que el pecado ha infligido al trabajo en la condición humana actual. Es un trabajador pobre y ya desde allí comienza su pasión redentora. Este carácter de un hombre que trabaja no se confina a su vida oculta; después, durante su vida pública, podrá decir: "Mi Padre sigue hasta el presente obrando y yo también obro" (Jn. 5, 17); "En verdad, en verdad os digo, no puede el Hijo hacer nada de

sí mismo si no lo viere hacer al Padre” (Jn. 5, 19); “No puedo yo hacer por mí mismo nada” (Jn. 5, 30); “Las obras que el Padre me dio llevar a cabo, esas mismas obras hago” (Jn. 5, 36). Ya resucitado y exaltado a la derecha del Padre, Cristo realiza la gran *obra* de enviar al Espíritu sobre la tierra para regenerarla y construir un mundo, cuerpo suyo, que El pueda ofrecer al Padre.

El cristiano que se sabe injertado en Cristo por su fe y su bautismo, percibe en Jesús no sólo un modelo externo, sino que constituye para él el fundamento de un nuevo modo de ser y de obrar que le permite realizar aquello para lo cual fue creado. Con el Misterio Pascual de Cristo el pecado y la muerte han quedado destruidos y la triple alienación se ve curada por la triple reconciliación: del hombre con Dios, que es la fundamental, del hombre con sus semejantes y del hombre con la naturaleza; y como consecuencia, el hombre se reconcilia consigo mismo. El trabajo recupera su sentido primigenio y es asumido en una labor más alta, la construcción del mundo por venir, el Reino de los Cielos. Para subrayar todo esto el Papa empieza haciendo ver cómo Jesús, el hijo del carpintero, “no sólo anunciaba el Evangelio, sino que ante todo lo cumplía con el trabajo... pues el que lo proclamaba, él mismo, era hombre de trabajo” (Nº 26). Es cierto, como señala el Papa, que Jesús prohíbe “una excesiva preocupación por el trabajo y la existencia” (Mat. 6, 25-34)... No obstante la elocuencia de la vida de Cristo es inequívoca: pertenece al mundo del trabajo... y mira con amor el trabajo en sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y Padre” (Nº 26). Jesús en sus palabras alude constantemente al trabajo humano. San Pablo, que ha comprendido tan profundamente el Evangelio, con su palabra y con su ejemplo exhorta al trabajo (2 Tes. 3). El Papa alude luego al aspecto penoso del trabajo:

El sudor y la fatiga que el trabajo necesariamente lleva en la condición actual de la humanidad, ofrecen al cristiano y a cada hombre que ha sido llamado a seguir a Cristo la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo ha venido a realizar. Esta obra de salvación se ha realizado a través del sufrimiento y de la muerte de cruz. Soportando la fatiga del trabajo en unión de Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar (Nº 27).

Y añade una cita de *Gaudium et Spes* (38): Cristo

62

sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia, pero al mismo tiempo, constituido Señor por su resurrección, Cristo... obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre..., purificando y robusteciendo... aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida someter la tierra a este fin.

Continúa el Papa diciendo que “en el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la resurrección de Cristo, encontramos siempre un tenue resplandor de la vida nueva... un anuncio de los nuevos cielos y otra tierra nueva, los cuales precisamente mediante la fatiga del trabajo son participados por el hombre y por el mundo. A través del cansancio y jamás sin él” (Nº 27). Y concluye citando de nuevo a *Gaudium et Spes* (39):

la espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva fa-

milia humana; el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente entre progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios.

* * *

Vemos, pues, que la expresión “el evangelio del trabajo” es muy rica en contenido y capaz de hablar en forma muy viva a los hombres que se esfuerzan por desarrollar una acción creadora, experimentando las frustraciones que dicha acción invariablemente lleva aneja. Si ven en este trabajo suyo la realización del plan de Dios anunciado ya en el *Génesis* y realizado en forma plena en Cristo, encontrarán en él un nuevo sentido que los orientará y fortalecerá, y les permitirá superar los conflictos que la interrelación humana basada en el trabajo genera en nuestra época, o al menos les permitirá asumirlos en forma redentora, pues también la construcción de una siempre mejor interrelación humana es trabajo.